

tador de una expansión dialéctica en relación al anterior. Después de la Revolución Industrial del siglo XVIII, una primer etapa, la del mercado, marcada por la tecnología de los motores a vapor; luego una monopolista o imperialista apoyada en la tecnología de los motores eléctricos o de combustión; y, a mediados del siglo veinte, la etapa multinacional, signada por la producción de motores electrónicos o nucleares y hoy oficialmente conocida como era de la globalización. El paso que da Jameson en **Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío** es demostrar que a cada etapa correspondió un estilo cultural —el realismo, el modernismo y el posmodernismo respectivamente. Pero más importante que esa periodización de estilos, es mostrar que la lógica que aceita el funcionamiento del capital en su fase de expansión máxima, la de la globalización, es cultural. Por ello se quiere decir que cada vez más el sistema, ahora planetario, requiere una sociedad de imágenes volcada al consumo para «resolver» las contradicciones que continúa creando. Si antes la cultura podía ser vista como un espacio de contradicción posible, hoy ella funciona de forma simbiótica con la economía: la producción de mercancías sirve a estilos de vida que son creaciones de la cultura, y hasta inclusive la alta especulación financiera se apoya en argumentos culturales (como el de la «confianza» que se puede tener en ciertas culturas nacionales o los cambios de «humor» que derrumban índices y arrasan economías). La producción cultural también se volvió económica, orientada a la producción de mercancías: basta pensar en las inversiones que funcionan como garantías de interés en películas de Hollywood.

En esta coyuntura, la crítica cultural puede ser un eficiente instrumento de descripción del funcionamiento de la sociedad, y es justamente ése uno de los movimientos centrales del proyecto de Jameson. Sirviéndose de categorías como «mapeo cognitivo», interroga la producción artística contemporánea en busca de indicios para la difícil tarea de mapear las presiones y límites impuestos por la aceleración constante de un sistema que alcanza una extensión que excede la capacidad del individuo de ubicarse y, principalmente, de tomar distancia de lo que es, dificultando y mucho la capacidad crítica. Es en ese sentido que la obra de arte, cuyo material es la experiencia de lo vivido, interviene en la formación de la conciencia. Pero más que eso, retomando a Bloch, Jameson insiste en que la forma artística acaba siempre por buscar figurar el deseo de una experiencia menos espúrea, una conciencia anticipatoria que busca expresar una concepción diferente de la que el orden actual reprime.

Ese trabajo de desentrañamiento de la esperanza, en un mundo signado por la reiteración constante de la inevitabilidad de lo que es, constituye una de las características de la originalidad de Jameson. En su libro **Signatures of the Visible** demuestra cómo, aún en las producciones cinematográficas más comerciales, es posible divisar una dialéctica entre ideología y utopía, entre lo existente y lo aspirado. En la medida en que la falsa conciencia repite la lección de la inevitabilidad del modelo de vida en escena en la actualidad, la tarea de romper con la inexorabilidad de esperar apenas más de lo mismo se torna más urgente. Ese es el sentido de su libro **Archaeologies of the Future**, publicado en 2005. Un estudio de las formas de experimentar futuros alternativos —los libros en la tradición de **Utopía** de Tomás Moro y sus correlatos contemporáneos, las obras de ficción científica—, ese libro es también un llamado a retomar la función utópica de la crítica cultural. Y antes de que alguno de nuestros camaradas más empedernidos se escandalice con el aparente idealismo de tal propuesta, cabe recordar que para Jameson se trata de pensar a la Utopía como una estrategia política de ruptura con las inevitabilidades del presente que amenazan colonizar también el futuro.

Hacer de la crítica cultural una de las formas de la ruptura necesaria respecto de la producción de infelicidad que caracteriza el paisaje devastado de la mismidad globalizada es el gran plano que nos lega este intelectual impar. Claro que él sabe, como insiste en los ensayos sobre la globalización reunidos en Brasil en **A Cultura do Dinheiro**, que todavía no tenemos noticia de ninguna conciencia colectiva capaz de oponerse a la hegemonía del capital mundializado. Pero eso, insistiría Jameson, no es sino una razón adicional para dejar abierta una brecha donde el futuro pueda llegar a luchar para existir.

Maria Elisa Cevalco
(USP)

[Traducción del portugués de Martín Bergel. Revisión técnica de María Elisa Cevalco]

A propósito de Andrés Reggiani (comp.), **Los años sombríos. Francia en la era del fascismo (1934-1944)**, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2010, 224 pp.

A menudo, los historiadores argentinos que se ocupan de acontecimientos sucedidos fue-

ra del país, han tenido que hacer un esfuerzo suplementario para explicar el por qué de sus intereses *foráneos*. La sensación probable que les acomete frente al resto de sus colegas podría compararse, exagerando algo, con la de algún director de cine nativo que decidiera filmar, por ejemplo, «una de romanos». El pedido de *justificar* la decisión de dedicarse a esos temas —al menos desde afuera— pareciera imponerse con mucha más fuerza al *européista* argentino (nótese lo todavía extraña que suena esa combinación de palabras) que quiere analizar el siglo veinte, que al estudioso local que se adentra en los archivos del virreinato del Río de La Plata. La distancia geográfica pareciera ser menos digerible, en ocasiones, que la temporal.

Afortunadamente, como señala Natalio Botana, prologuista de este libro que reseñamos, Andrés Reggiani optó por romper una vía generalmente única de construcción de conocimientos (la de estudiosos europeos que indagaban sobre nuestro pasado), para emprender la tarea de compilar y publicar en nuestro país, un libro sobre historia *francesa*, en uno de sus períodos más controvertidos: el de la Ocupación alemana y la instauración del llamado régimen de Vichy. Para demostrar la dificultad de la empresa abordada, podemos señalar que, sin contar al prologuista, Reggiani es el único argentino en la lista de autores del volumen, teniendo que recurrir el compilador, a la voz acreditada de tres historiadores franceses y dos autores norteamericanos (surgidos de una tradición sí habituada a extenderse en sus investigaciones, más allá de sus fronteras nacionales).

Frente a la posible pregunta, las respuestas y razones que se aducen para realizar la iniciativa editorial no surgen tanto de la *utilidad* comparativa con nuestro país (aunque sea mencionada por el prologuista y por más que el compilador reconozca, que el tema plantea la existencia de una *opinión* que «como también ocurre en nuestro país, parece asignar igual credibilidad a todo cuanto se dice y publica como un tema de 'interés general'»; sino que se relacionan, más profundamente, con planteos historiográficos y sociales propios de la historia francesa y europea, inscriptos en el amplio debate acerca del desarrollo y las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial.

En ese sentido, desde el libro se problematiza sobre ciertos aspectos de la experiencia de Segunda Guerra que han supuesto una marcada dificultad en ser asimilados a la imagen que los franceses se habían construido sobre

ellos mismos como colectivo nacional. Esta mirada que indaga en el proceso de construcción de identidades y mitos nacionales y al lugar que el pasado ocupa en él, no sólo como creador, sino también como posible cuestionador, resulta particularmente interesante a la reflexión histórica en general.

Luego del prólogo (al que preceden un glosario de nombres y términos, una cronología del período y dos mapas de ubicación), el libro se nos presenta dividido en dos partes: «Historia» y «Memoria». La primera se abre con una introducción historiográfica de Reggiani, «Vichy y los historiadores», que de manera muy clara y pertinente, se encarga de trazar los principales acontecimientos en la historia francesa de entreguerras; de enmarcar los debates circulantes que se han presentado sobre esos años y de enumerar y poner en perspectiva crítica, las *oleadas* historiográficas que, desde el fin de la Segunda Guerra, se sucedieron y confrontaron para analizar el período.

En el capítulo mencionado, el autor resalta la discusión existente y recurrente que se ha manifestado entre los historiadores, con respecto de la «inmunidad» o «alergia» francesa al fascismo en los años treinta. Pareciera ser, en efecto, que de ello dependiera, en parte, la capacidad de entender la *normalidad* o no, de los *años sombríos*. Podemos apreciar, en ese sentido, que el mantenimiento de la denominación del período de manera *negativa* y traumática que se comparte con la mirada inicial de los primeros testimonios (los años *negros* de Jean Guéhenno) ya predispone a los historiadores a cierto riesgo teleológico, a girar en torno de un nuevo «huevo de la serpiente». En ese sentido, los capítulos 2, 3 y 4 son los aportes de tres reconocidos especialistas de la historia de entreguerras, Serge Bernstein, Michel Winock y Robert Soucy, que buscan indagar sobre los precedentes de Vichy.

El primero de estos autores está interesado en analizar lo que denomina «el enfrentamiento simulacro de los años treinta», que hizo posible, de manera indirecta, los posicionamientos futuros en la época de Vichy, al fomentar la degradación parlamentaria y las críticas al — hasta entonces — consenso republicano. Esta etapa de demanda por acciones radicales, «independientemente de su contenido», generaría un debate político dado en «un ambiente de guerra ideológica alimentada por el antifascismo y el anticomunismo (mucho más que por el fascismo y el comunismo)» y que será considerado algo *artificial* por el autor, frente a las demandas *reales* de los franceses a partir de la crisis. A pesar de ese halo de *irrealidad*, la vio-

lencia discursiva generada en los treinta se transformará en el vector de diferenciación política posterior, ante la caída de la República y la ocupación alemana, adquiriendo caracteres de violencia física concreta, en la cual «los aprendices de brujo del verbo-simulacro se convertirán en los actores de una guerra civil real».

Bajo las coordenadas establecidas por Bernstein, parecen disputarse los sentidos acerca de la *verdad* implantación de la ideología fascista en Francia. Es en torno de la agrupación *Croix de Feu*, liderada por el coronel La Rocque, donde se centra el nudo del debate, ya que al ser ésta reconocida como una fuerza política de masas, su definición como fascista, refutaría la idea de la «inmunidad» francesa al fascismo. Como vemos, el debate no carece de presupuestos, que son los que tienden a menudo a esquematizar en cierta medida la discusión entre los *bandos* historiográficos representados por Michel Winock y Robert Soucy en esta compilación. Podría pensarse incluso, que de no existir tal *clivage*, ambos historiadores acordarían en gran parte de los puntos ya construidos por la investigación histórica, acerca de la *Croix de Feu*. Sin embargo, como suele suceder en otros ámbitos geográficos, la fuerza *perturbadora* de cómo definir el fascismo, afecta fuertemente la manera en que se leen y se interpretan los diferentes documentos, y tiende a que el debate se acorrale entre los «sí» y los «no» de una posición previa.

En la segunda parte, dedicada a los procesos de memoria sobre el suceso referido, pueden leerse los aportes de dos de los principales conocedores de la temática: Robert Paxton y Henri Rousso. En el primer caso, se trata de la traducción de una conferencia dada por el historiador estadounidense en la Universidad Di Tella en 2007. En ella, Paxton analizó el juicio a Maurice Papon, acusado por sus acciones como Secretario del Prefecto con sede en Burdeos, relacionadas con el arresto y deportación de 1560 judíos desde esa ciudad a Drancy, para luego ser enviados a los campos de exterminio. Paxton analiza el juicio, teniendo muy en cuenta su propia participación como *perito histórico* o «experto» en el mismo, y enmarcando dicho acontecimiento, a la vez, en el proceso de judicialización de Vichy, comenzado, congelado y reactivado numerosas veces desde el origen mismo de la Cuarta República. Luego de analizar las múltiples complejidades de este proceso (particularmente interesante resulta la *tensión* operada al interior de la dirigencia de postguerra por la creciente importancia dada —al pasar los años— a los crímenes contra la población judía frente al inicial interés por condenar la represión a los *resis-*

tentes), Paxton recuperará en el apartado final (titulado «El historiador y el juez», como inversión del nombre del libro de Ginzburg), el lugar que los *profesionales del pasado* podemos ocupar frente a la sociedad, demostrando que — a diferencia del juicio fulminante — nuestra actividad esta «orientada a demostrar y explicar procesos humanos, y a considerar opciones y posibilidades».

En el segundo aporte, también es destacable el componente autobiográfico, ya que Rousso analiza —en paralelo— la mirada que la sociedad francesa fue reformulando acerca del período de Vichy desde la década del 1960, con su propio derrotero de investigación. En ese sentido, la narración acerca de la realización de su libro **Le syndrome de Vichy**, nos muestra las dificultades que algunos investigadores tuvieron que afrontar en el proceso de constitución de un campo de historia del tiempo presente y de investigaciones sobre la memoria. Sin embargo, también resulta interesante analizar los problemas que aparejaría (a los propios autores) una recepción posterior y excesivamente laudatoria de su trabajo pionero. De allí, el intento de Rousso, de escribir (junto a Eric Conan), otro libro llamado **Vichy, un passé qui ne passe pas**, como intento de «recuperar cierta libertad de palabra y pensamiento y, con ello, romper la imagen del historiador titular —e históricamente 'correcto'— de la memoria de Vichy». Esta nueva vuelta sobre antiguas inquietudes demostró ser efectiva, al volver a despertar polémicas en el ámbito cultural francés.

De esta manera, y con esa última contribución, llegamos al final del libro; agradeciendo al compilador, el esfuerzo por acercar en nuestro país, y mediar con su contribución, una versión actualizada de un debate de no tan accesible difusión, pero de particular interés para quienes investigamos el siglo veinte. Como en el caso de los *spaghetti western*, una mirada a los *universales*, desde lugares *periféricos*, puede ser altamente gratificante.

Andrés Bisso
(UNLP-CeDInCI)

A propósito de José Szabón, **Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2009, 439 pp.

Las antologías son especialmente propicias a esa diversidad de lecturas y significaciones a las que se presta cualquier texto; tienen, en